

II

Así como este templo abandonado
Está mi corazón, triste, sombrío,
Por el dolor tan sólo visitado
Y sepulto en la noche del hastío.
El ara de su fe quedó desierta,
Ninguna voz á consolarla alcanza,
Y está en el polvo, muerta,
La diosa á que dió culto la esperanza.

¡Oh bóvedas sombrías,
Símbolos mudos de las penas mías!
¡Oh altar que ya sin cirios y sin flores
Eres mi corazón con sus dolores!
¡Oh soledad estéril y escondida
Semejante á las horas de mi vida!
¡Virgen, ayer objeto de ternura,
Y hoy, en el polvo, inútil escultura!
¡Triste rumor del vagaroso viento
Igual en lo fugaz á mi lamento!
Quién pudiera feliz á vuestro abrigo
Morir abandonado,
Sin más consuelo amigo
Que de la oscura noche el beso helado!
Sin una sola lágrima de duelo,
Sin oír el «adiós» de un sér querido,
Y así tornarse polvo sobre el suelo
Y perderse en los senos del olvido!
Del mar del mundo en las revueltas olas
Si mueren el amor, la fe, la calma,
¡Qué mayor dicha que morir á solas
Cuando ha vivido en soledad el alma!

México, 1881.

JUAN DE D. PEZA.

SEMBLANZAS FEMENINAS.

II

LAS DOS LUCRECIAS.

Fulgurantes de amor los bellos ojos.
Húmedos de placer los labios rojos
Y mal envuelto el seno encantador;
En medio de sus húbricos placeres,
Insulta con sarcasmo á las mujeres,
È insensata se burla del pudor.

Del vaso rueda la opalina espuma,
Y del vapor y el vino con la bruma,
Entre risas y besos al chocar;
Lucrecia arrastra ciega por el lodo
Cuna, belleza, corazón y todo,
Para hundirse en el vicio más y más.

No la aterra el veneno que ella vierte,
Ni al respirar la atmósfera de muerte
Condensada en su frente criminal . . .
¡Más grande es la ambición que el sentimiento
Para el que anhela, de placer sediento,
Vivir en horrorosa bacanal . . . !

Escándalo, impurezas, maldiciones
Forman de esa mujer las ovaciones,

Y ella orgullosa de su triunfo está;
El amor la abandona entre los brazos
De impúdicos placeres cuyos lazos
Una tumba mañana romperá . . .

¿De qué le sirve á la mujer impura
El magnífico don de la hermosura
Si le faltan nobleza y corazón?
¡Ángel caído, tus doradas alas
En el fango se hundieron, y tus galas
Se trocaron en crimen y baldón!

¡Virtud! ¡santa virtud! si algunos séres
Abandonan tu amor por los placeres
Que tú no puedes al impuro dar,
Mujeres hay de virginal nobleza
Que adoran tu esplendor y tu belleza
Y ofrecen sacrificios en tu altar.

¿Veis aquella mujer pálida, fría,
Que ayer dichosa en el hogar vivía,
Y que hoy la muerte la privó del sér?
Era la esposa de Tarquino, bella,
De la corte romana blanca estrella,
Ángel con vestidura de mujer.

Lucrecia, como la otra se llamaba,
Pero mientras aquella se anegaba
En los mares del vicio destructor,
La casta, la modesta, la adorable,
La heroína inmortal é inimitable
Era modelo de virtud y amor.

En vano Sexto con impuro fuego,
Interpone amenaza, amor y ruego
El tálamo queriendo mancillar;
Ella misma prefiere darse muerte,
Antes que verse hundida por la suerte
De la deshonra en el revuelto mar.

¡Cuán distintas las dos, cuando pudieran
Iguales ser, y juntas recibieran
El premio de su santa abnegación!
¿Por qué, Señor, si la virtud has creado,
No á todos de sus dones has llenado
Siendo el mismo del hombre el corazón . . . ?

¡Qué grande es la mujer, si virtuosa
Alza la frente casta y luminosa,
Ante el mundo que admira su valer!
¡Pero qué despreciable cuando olvida
Su grandiosa misión y en esta vida
Escarnece su nombre de mujer . . . !

México, Agosto de 1881.

ANTONIO DE P. MORENO.

LA FLOR Y LA ILUSION.

(MIS IMPRESIONES DE AYER.)

En la mañana del Abril nacida,
De exuberancia llena y de colores,
Envidia fué de las vecinas flores,
Y por reina entre todas escogida.

Cual el alma al amor, abrió su vida
Del incitante Febr á los fulgores,
Y el beso de sus labios homicida
Decoloró sus pétalos mejores.